



TRAWULWÜN

Contando la llegada de pobladores
indígenas a La Junta



Derechos culturales
indígenas y afrochilenos



TRAWULWÜN.

Contando la llegada de pobladores indígenas a La Junta

Primera edición, marzo 2025

Registro de propiedad intelectual: 2025-A-3638

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Carolina Arredondo Marzán

Subsecretaría del Patrimonio Cultural

Carolina Pérez Dattari

Directora Nacional del Servicio del Patrimonio Cultural

Nélida Pozo Kudo

Subdirector Nacional de Pueblos Originarios

José Ancan Jara

Directora Regional de Aysén

Claudia Cantero Delgado

Sección Regional de Aysén

Subdirección Nacional de Pueblos Originarios

Sergio Sánchez Vásquez

Pamela Ruíz Antiñirre

Cuidado editorial y edición de textos

Ailin Millacán Catalán

Entrevistas y fotografías

Viviana Fuentes Vásquez

Diseño, diagramación e ilustraciones

Silvana Egas

Se autoriza la reproducción parcial citando la fuente correspondiente. Prohibida su venta.





TRAWULWÜN

Contando la llegada de pobladores
indígenas a La Junta

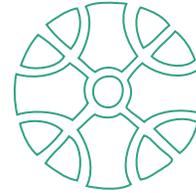
ÍNDICE DE CONTENIDOS



PRESENTACIÓN / 06



INTRODUCCIÓN / 08



SOBRE LOS
TESTIMONIOS / 09



JOSÉ RUDECINDO
AILLAPAN RAUQUE / 12



JUAN ANTONIO
AILLAPAN RAUQUE / 18



ROSA TANIA
AILLAPAN RAUQUE / 22



JOSÉ BENITO
LINAY MANCILLA / 28



OLGA JONIE
LINAY ANTILLANCA / 32



MIRIAM DEL CARMEN
NEGÜE NEGÜE / 38



GUILLERMO HENRIQUE
OJEDA NEGÜE / 42



BRIDITH MAGALI
NÚÑEZ NITOR / 46



MARÍA JOVITA
MANSILLA TORRES / 52



INÉS DEL CARMEN
VENTEO MANSILLA / 54



MICAELA HUENULEF
BURGOS / 56



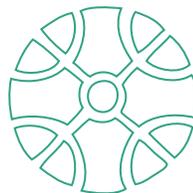
LUIS GERMÁN
VENTEO HUENULEF / 60



ENEDINA PAULA
COMIGUAL MONTALVA / 66



TERESITA DEL CARMEN
CANICURA MORAGA / 72



BIBLIOGRAFIA / 76



PRESENTACIÓN

CONTRA LO QUE SE PUDIERAN PENSAR, LA LOCALIDAD DE LA JUNTA no fue fundada como una especie de homenaje a La Junta Militar derivada del Golpe de Estado en septiembre de 1973. El nombre de este lugar, fundado en 1963, hace alusión a la confluencia de dos grandes ríos que conforman este paisaje patagónico, el Rosselot y el Palena, en la actual comuna de Cisnes, ubicada en la parte norte de la Región de Aysén. Esta región, la menos poblada del país pero a la vez una de las más extensas, fue ocupada en sucesivas oleadas; primero por pobladores espontáneos que fueron ocupando tierras en distintos momentos del siglo **XX** y también mediante decisiones del gobierno central, fundadas principalmente en la década de los 60, donde el Estado decide aplicar un plan de soberanía.

Quienes protagonizan esta compilación de relatos, como queda de manifiesto en su contenido, pertenecen por raigambre familiar al grupo de los pobladores espontáneos; los precursores que se aventuraron a trasladarse desde otras tierras y decidieron llegar y habitar un paisaje con poca o nula influencia humana y por tanto sometido a los rigores de la naturaleza, que sabemos es implacable. Los relatos contienen en la narrativa esas odiseas personales, el gran aporte al tejido fragmentario de las memorias colectivas de este territorio y por extensión de esta región, cuya historia, en sus matices y múltiples voces, está aún por escribirse.

Obligados a procurarse la subsistencia básica en un ambiente de adversidades habituales, los discursos de la alteridad étnica aparecen aquí entrelazados con el esfuerzo cotidiano en recorrer distancias imposibles, vadear o remontar ríos torrentosos contra la corriente. Pero ahí reside justamente el valor de los testimonios, principal y fundamentalmente por situar al actor indígena como protagonista central de la gesta pionera o colona en tierras patagónicas, aporte que generalmente se ha obviado, situándolo dentro de una gran categoría «pionera» que no distingue pertenencias específicas.

De ahí que los procesos de revitalización cultural, en los que a nivel local son partícipes los integrantes de la organización mapuche que promovió este ejercicio de escritura, refuercen aún más su valor. Un proceso de revitalización cultural posibilita mirar y sopesar con otros ojos algunos episodios de la propia historia personal y familiar que muchas veces pasan desapercibidos. El trascendental trasvasije de costumbres alimentarias, desde la tierra de origen de más al norte al nuevo contexto, es mucho más que un acto de sobrevivencia, sino que pasa a ser un gesto de resistencia cultural, lo mismo que la mantención del juego del palín que aparece en más de un relato.



Los procesos de revitalización cultural indígena implican la participación de un considerable número de personas pertenecientes a los pueblos originarios presentes en el país. Es esta una empresa en la que se integran una serie de elementos culturales importantes, como el idioma y, en este caso particular, la restitución de la memoria colectiva relacionada con el tiempo histórico de los primeros pobladores del sector, antepasados de los actuales integrantes de la asociación Trawulwün.

Asimismo, esta publicación forma parte del proceso participativo implementado por la Subdirección Nacional de Pueblos Originarios desde 2016, tanto a nivel local como nacional, a través del despliegue del Programa de Revitalización Cultural Indígena y Afrodescendiente.

Por todo lo anteriormente expuesto es que la obra que aquí presentamos es sin duda una buena noticia y un aliciente para el proceso de revitalización cultural que transcurre en los distintos territorios indígenas en el país.

José Ancan Jara

Subdirector Nacional de Pueblos Originarios
Servicio Nacional del Patrimonio Cultural
Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio



INTRODUCCIÓN

TRAWULWÜN. CONTANDO LA LLEGADA DE POBLADORES INDÍGENAS A LA JUNTA, nace del interés por la recuperación de las historias de las familias de origen indígena de la zona. Esta publicación reúne catorce testimonios de representantes de familias que han formado o forman parte activa de la Asociación Indígena Trawulwün. Por sus definiciones territoriales y los perfiles de sus informantes, este texto se constituye como un trabajo inédito en sus características, pues abarca una fracción de la historia regional de Aysén que ha sido escasamente estudiada y que además pone atención exclusiva en la localidad de La Junta, un sector en el cual no existe un registro oficial de la movilidad indígena en tiempos prehispánicos ni tampoco durante la ocupación contemporánea. Por ende, este trabajo pretende acercarse y sentar las bases de aquello, con miras a continuar resolviendo esta inquietud.

Los procesos comunitarios e íntimos de reconocimiento o autorreconocimiento que sostienen actualmente las organizaciones indígenas en Aysén, ha llevado a que trabajos como este despierten una incipiente valía en el ámbito del desarrollo de investigaciones sobre la escena local. No es menor que en esta legítima búsqueda, «lo indígena» aparezca imbricado en lo «criollo», o lo «gauchesco», justamente cuando constituimos la tercera región con mayor proporción de personas indígenas del país (Censo de Población y Vivienda 2017). Y en este sentido, esta publicación busca ser un aporte concreto a esos elementos revelados por las voces testimoniales; «lo indígena» se expresa en las costumbres, en lo alimentario, pero también en los conocimientos medicinales, en las prácticas agrícolas o en el uso de la lengua entre sus primeros pobladores.

Esta investigación y publicación responde a una de las acciones del Plan Regional de Revitalización Indígena y Afrodescendiente implementado por la Sección Regional de Aysén de la Subdirección Nacional de Pueblos Originarios del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. Sus páginas están dedicadas al esfuerzo y entereza de sus protagonistas por confiarnos sus relatos de vida y los de sus ancestros, los que presentamos con mucho respeto y admiración.



SOBRE LOS TESTIMONIOS

LA METODOLOGÍA DE ESTE TRABAJO FUE DE TIPO EXPLORATORIO y al igual que otros trabajos de esta índole, se propuso investigar un fenómeno del cual existe poca información a nivel regional y local (Ancan y Conejeros, 2021: 12). La investigación gravitó en torno a dos ejes: historia familiar² y autoidentificación indígena, con preguntas orientadas a ser respondidas de forma descriptiva.

La estrategia metodológica usada de forma transversal para la recopilación de la información y posterior levantamiento del escrito final es mediante la recopilación de historias de vida. Por su carácter autobiográfico, las historias de vida resultan una técnica óptima para indagar en contextos donde existen pocos antecedentes y registros, y permite abrir líneas de investigación a nuevos fenómenos al estar relacionadas a subjetividades –lo que se piensa y siente– y representaciones simbólicas –cómo se percibe y entiende el mundo–.

La compilación de las historias y desarrollo de las entrevistas fue un proceso que se llevó a cabo entre los meses de julio y agosto de 2024. Se viajó desde Coyhaique a La Junta, y también desde la localidad a los valles interiores para llegar a las familias que aún viven en los campos que ocuparon inicialmente. También se realizó una visita a Puerto Cisnes donde actualmente reside una de las entrevistadas. Y si bien se realizó una pauta para las entrevistas, la cual sirvió como guía para contener una entrevista que buscaba ser una conversación amena, donde primara un ambiente grato y adecuado de discreción.

Quienes brindaron la información fueron personas elegidas por la misma Asociación Indígena que, a partir de su propio conocimiento e interés, levantó un perfil idóneo. Desde esta misma se impulsó cada entrevista, difundiendo los objetivos del trabajo y presentando a la investigadora las veces que fuese necesario. Se extienden los agradecimientos a la familia Huaiqui Huitrayan por su acogida y apoyo, sin los cuales no se habría alcanzado tal profundidad.

Una vez tomados los testimonios, se cuadraron con datos de segunda fuente para corroborar la información, pero especialmente se consultó al Servicio de Registro Civil e Identificación de Chile a modo de indagar en nombres de padres y abuelos, con lo cual los resultados se permearon del enfoque genealógico que buscaba entregarse. Finalmente, los escritos se presentan a las personas entrevistadas para confirmar su validación y así contar con la aprobación de sus protagonistas y de la comunidad indígena de La Junta.

² Subítems: Relato de la llegada, constitución de la familia, infancia, vocación productiva familiar, traslado y transporte, alimentación y medicina.

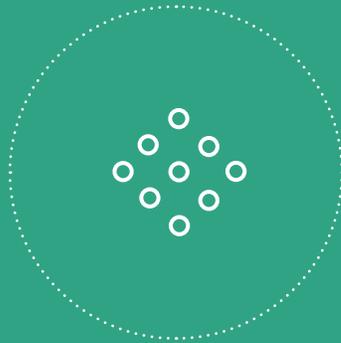
AILLAPAN

Nueve pumas

RAUQUE

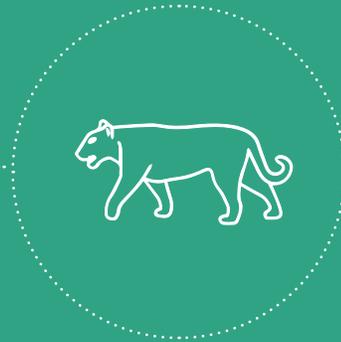
Tener greda

AILLA



nueve

PANGUI



puma
[felis concolor]

RAQ
greda



-QUEN
[partícula verbalizante]





JOSÉ RUDECINDO AILLAPAN RAUQUE

29 de septiembre de 1944

JOSÉ AILLAPAN RAUQUE LLEGÓ EL 5 DE ENERO DE 1967 AL ROSSELOT, su padre, José Eberardo Aillapan Huenulef, había llegado dos años antes. José, cuenta que su papá tenía muchas ganas de venir a estos lados y de niño lo recuerda queriendo irse a Palena.

El padre llegó al sector con sus dos hijos menores, Víctor y Rosita, posterior al fallecimiento de su esposa María Olga Rauque Montalva, en 1964. Víctor Rolando Aillapan Rauque, el hermano de José, falleció a los treinta y dos años y está sepultado en La Junta. La familia provenía de la cuesta de San Pedro y San Carlos, en la entonces provincia de Llanquihue. Allá tenían un pedacito de campo de unas 30 o 40 hectáreas, «pero malo el campo». Para acudir al hospital o posta más cercano tenían que salir a Fresia o a Purranque, en un trayecto que duraba días. Así que cuando la mamá enfermó, su padre tomó la decisión de vender e irse a Hueyusca, un poblado costero muy antiguo, «una villita de un camino con casas por ambos lados del que dicen que está igual».

Su abuelo paterno se llamaba Juan Antonio Aillapan Pailla y su abuela paterna Florinda, al parecer, pues no la conoció. Su abuelo materno fue Pedro Rauque Antillanca y su abuela materna se llamaba María de la Cruz Montalva, no hay recuerdos sobre el segundo apellido de esta. José comenta que a los diez años conoció a su abuelo Pedro y que durante uno año vivió con él, ese año fue el único periodo en que asistió a la escuela. José comenzó a trabajar en su infancia, a los seis años ayudaba a su papá y en ese entonces tenía a cargo una yunta de bueyes.

El padre de José, también llamado José, llegó a Puyuhuapi en el año 65. El viaje lo realizó en barco desde Puerto Montt. Al llegar con sus chicos se encontró con Anselmo García, un conocido del norte a quien no veía desde hace muchos años, fue con él con quien llegó a La Junta. García estaba apatronado, era administrador del campo donde trabajaba y como ya tenía su casa armada y eran amigos, José, padre, y sus hijos se quedaron allí mientras se arreglaban. En un principio, José trabajó durante un año y medio para la Sociedad El Venado², hasta que el mismo García le recomendó trabajar para Ramón Díaz, un profesor de Puyuhuapi que

² «Otro grupo, integrado por tres jóvenes profesionales colonizó la margen este del Lago Rosselot. Eran Heriberto Schilling, Carlos Klein y Roberto Ramírez, quienes una vez establecidos fundaron la recordada sociedad 'El Venado' (...) La Sociedad El Venado desarrolló una labor importante de colonización sobre miles de hectáreas hasta su disolución» (Osorio y Martínez 2014: 39).



necesitaba que le cuidaran su campo ubicado en Claro Solar. El padre de José estuvo trece años trabajando en ese lugar.

José Aillapan Rauque se encontraba trabajando en el norte cuando le entregan una carta escrita y enviada por su papá hace un mes atrás³. En la carta, su padre, campesino de toda una vida, le mandaba a decir que se viniera a la zona, pues en este lugar todavía habían posibilidades de tener y armarse de un campo. En ese entonces, José tenía veintiún años y al leer la carta le dio vueltas a la idea unos días, hasta que se decidió a partir. La carta traía todas las indicaciones para llegar, así que arregló sus últimos pagos con sus compañeros de trabajo y preparó su viaje con 60 mil pesos de la época. Zarpó de Puerto Montt los primeros días de enero, en un helado pero lindo día. En el barco entabló conversación con un hombre «enmantao, con un sombrero grande y conversista». Se trataba de Luis Márquez, administrador del fundo de la familia Hepp⁴, quien a la vez ya conocía a su padre y sabía con certeza cómo llegar a él.

Se fueron juntos, Márquez en su caballo y él a pie, «por los caminos malos, uno a pie avanzaba más que en un caballo. Puros barriales, raizales, piedreros, ahí en la costa del Lago Risopatrón, malísimo», cuenta José. La primera noche se adentraron y alojaron en la «caja de fósforo», nombre con que se le conocía al primer refugio de dicho recorrido. Al día siguiente salieron aclarando el día y bordearon la costa del Risopatrón hasta llegar a Puesto Mesa, más no se pudo avanzar porque los caminos estaban malos. Al tercer día de travesía, ya sin víveres, llegaron a la casa de Juan Emilio Schilling. Juan Emilio es padre de Juan Carlos Schilling quien todavía vive allí⁵. Al llegar los recibe una señora, una tremenda gringa alta, la señora Marchly Arre, quien los hace pasar enseguida y empieza a apurar su almuerzo. «Y pa' mientras de eso empezó a arreglar el mate, mate amargo, yo ahí me tomé el primer mate de aquí, de la región, porque yo para afuera no tomaba mate amargo, tomaba mate dulce no más. Ahí me tomé mi primer mate amargo de la mano de la señora Marchly Arre. Me tomé dos mates apenas, el último ya, le di las gracias».

Finalmente, llegaron al Rosselot cerca de las 8 de la tarde, cuando el sol estaba escondiéndose. Al llegar a la casa de Márquez estaba su señora Margarita Peralta, una mujer muy atenta, junto a sus tres hijos. Allí le pasaron una cama. Y así fue como llegó al Rosselot.

3 En esos años el correo estaba en Puyuhuapi y las cartas se enviaban en el barco.

4 Ubicado en Lago Rosselot.

5 Fundo Los Arroyos.



En principio quería partir prontamente a encontrarse con su padre en Claro Solar, pero notó que no conocía las dificultades de cruzar el Río Palena. «Pero qué apuro tenís pa' llegar allá, cuánto te va a costar cruzar el río, si el río es grande», le decía Márquez. Estuvo siete días con la familia de Márquez y hasta último momento ellos no querían que se fuera. «“No te vayas, hombre, yo llamo al patrón y que te de pega aquí y trabajas conmigo”, pero yo quería ir a donde estaba mi papá, si ya hacía como tres años que no lo veía». Un día se enteró de que un trabajador llamado Neftalí Reyes iba los fines de semana al sector y que podría acarrearlo a través del río. Así fue como llegó al campo.

Ya junto a su padre, trabajó con él cerca de dos años para Ramón Díaz, hasta que comenzaron a adquirir un campo. En ese tiempo llegó un ingeniero topógrafo a mensurar otros campos en el sector El Quinto. Se llamaba Helmut Figueroa su padre fue a reunirse con él por recomendación de su patrón. «Se habilitó mi papá con caballo, había que movilizarse de a caballo no más y mi papá tenía un caballo. Se fue a alojar allá y volvió hasta el otro día porque quedaba lejísimo. Y ahí nos dijeron que sí, que había campos por ahí desocupados todavía». Y así quedaron en Valle El Mirta, colindante de una parte con el campo de Ramón Díaz.

Sin embargo, en un principio había otra persona que no les quería dar la entrada. Según les señaló el ingeniero topógrafo, inicialmente ese campo era de 400 hectáreas, pero ya estaba Bernardo Cárcamo viviendo ahí, por lo que se dividieron 200 para Cárcamo y 200 para su papá, quien tuvo que volver a reunirse con Figueroa para extenderle una carta certificada de mano del ingeniero para que su nuevo vecino le habilitara el paso. Y solo así pudieron entrar a trabajar a su nuevo campo.

Con el paso del tiempo, llegaron a ser amigos con Cárcamo y trabajaron juntos el cierre de sus campos. Un día, Cárcamo confiesa «a lo mejor yo voy a vender después, porque yo no tengo ningún futuro, yo tengo puras mujeres, ningún [hijo] hombre». Y así fue, para el golpe de Estado del 73 él aceleró la venta de su campo y a los días acordaron un precio. Se vendieron animales para recaudar el monto del campo; «teníamos 25 o 26 [animales] por ahí, y de esos nos quedaron 3 o 4, vendimos todo para hacer la plata para pagar su parte (...) Después, cuando se mensuró ese campo, ya lo mensuramos a nombre mío porque mi papá dijo, “esto va a ser a nombre tuyo y de tu hermana”, que es la Rosa Aillapan» Para esto, José debió ir con Cárcamo a la Oficina



de Tierras⁶ en Puerto Aysén, para inscribir el campo a su nombre. Incluso Ramón Díaz aportó con el dinero faltante para la compra de ese campo. «Nosotros teníamos más menos la mitad, que iban a ser 200 hectáreas, pero después nos quedamos con 400 cuando le compramos su parte a Cárcamo. Cárcamo se fue a Puerto Montt, era de afuera. Él compró una parte parece por Puerto Montt, un pedacito por ahí, le decían la Chamiza, por ahí dicen que compró. Estuvo como dos años ahí y después falleció al poco tiempo (...) Y así fue la llegada mía aquí y todo lo que he pasado, lo que hice para tener lo que tengo ahora. Es la historia, más o menos igual, como yo le converso, así es».

Sobre José Aillapan padre, este falleció en el campo un 13 de marzo de 1992, tal como él lo había anticipado. «Eso era lo que él decía, le dijo a un amigo que tenía, es de apellido Andrade y todavía vive arriba en el campo, le dijo 'yo voy a morir aquí en el campo, pa' que tengan trabajo los viejos de llevarme'. Y así mismo fue pues, si falleció en el campo, tuvimos que sacarlo al hombro hasta aquí por donde pasa la carretera»⁷.

6 Hoy Ministerio de Bienes Nacionales.

7 Alfredo Andrade Sánchez fallece el día 15 de julio de 2024, mientras que realizaba la recopilación de datos en terreno de la presente investigación.







JUAN ANTONIO AILLAPAN RAUQUE

15 de marzo de 1948

JUAN LLEGÓ EN 1977, CUANDO TENÍA VEINTINUEVE AÑOS. Cuenta que en el sector «no había nada, puros caminos a caballo, barro y monte». Fue su padre, José Eberardo Aillapan Huenulef, quien lo mandó a buscar. Juan había dejado de verlo en el 66, cuando tenía diecisiete años. Durante el tiempo que estuvieron separados, Juan trabajó en las cercanías de Osorno, «en la costa de mar y los puertos. Trabajábamos en madera de alerce, en ese tiempo se explotaba el alerce, ahora nadie puede voltear un palo de alerce. Labrábamos balsas, unas balsas cuadradas así, lo que daba el palo no más».

De sus abuelos maternos, Juan recuerda que Pedro Rauque Antillanca y María de la Cruz Montalva que eran «chiquititos, ella un poquito más gordita y Montalva era su apellido. Mi abuelo, ese era Rauque, era bien agallaito, bien paraito. Solía contar en mapuche; me acuerdo que el primer número que decía era *kiñe*, después *epu*, de eso me acuerdo siempre, y después *küla*, no sé cómo era el otro... Contaba sus dedos, en veces conversándole a uno».

Los años anteriores a su llegada a la región, acostumbraba visitar comunidades indígenas de la costa de Osorno, «conocí a los Nempo, Cumilaf, Ancapan, Cumihual, Marileo, Rain... De todo me acuerdo, de esa gente, que habían un montón, puros indígenas, habían unos Barrera metidos ahí, unos España, pero estaban todos metidos en colonias indígenas. Vivían todos juntos y trabajaban en unas parcelitas de unas 10 hectáreas, 10 cuadras por ahí serían. Para la cordillera, agarraban todos para la cordillera (...) Yo solía ir para allá, solía estar siempre ahí. Me tenían buena, como siempre andaba leseando, casi toda la gente me tenía buena. Habían unos gringos con apellido indígena, es que los criaban los indígenas; en esos años, los gringuitos andaban botados algunos por ahí, los adoptaban y los criaban».

Juan llegó en el mes de febrero y en ese tiempo iba a los torneos de La Junta con su hermano Víctor, pero la arremetida del invierno dispuso estos eventos sociales. En principio, la soledad de la llegada fue dura, «medio triste, pero me hice amigo de unos cabros aquí, unos cabros Rosas, unos mellizos». Poco tiempo después, su padre adquirió el campo en Valle El Mirta y Juan se quedó trabajando en el sector que anteriormente cuidaba su padre.

Opuesto a la tradición de una familia campesina, Juan trabajó en distintos rubros, entre ellos la realización del camino. «Cuando empezó el camino para acá, me fui a trabajar a la empresa, abajo, estaba empezando la empresa cuando llegué, ahí en Pangué, y de ahí empezó a trabajar para acá arriba. Estuve como año y medio. Después agarramos de aquí al puente para acá,



pero estuve poco tiempo, un par de meses no más, estuvimos trabajando la senda, la limpia donde iba a pasar el camino. Estuvimos haciendo la senda de allá abajo del puente, todo ese faldeo lo hicimos de ahí hasta acá, donde está la feria. De ahí pegamos un salto hasta acá arriba, de la entrada para El Mirta, como un kilómetro para arriba».

Cuando llegó la empresa que hacía las alcantarillas y puentes, Juan ingresó nuevamente a trabajar. «Nos fuimos a un lugar que se llama alcantarilla los puentes, pero a pura madera. Había motos ya, así que ahí hacíamos la excavación a pura pala y medios brutos para trabajar, no le aflojábamos en todo el día. Cuando se juntó el camino con el camino a Chaitén, nosotros íbamos igual detrás de ellos haciendo las alcantarillas y los puentes, La madera la sacábamos todo a pulso, teníamos unos palos arreglados para que tire uno por un lado y el otro por otro lado, como bueyes, y unos cables de acero. Al juntar los caminos hicimos un asado. Los de allá eran puros militares, nosotros de aquí, después fuimos allá, al oeste, había una pampa y ahí fuimos a jugar un partido de fútbol, les ganamos a los militares, le dimos una goleada. De ahí ya no trabajé más en caminos, ni para los ensanches».

Juan siguió trabajando en roce de campos desde el año 83, «a hacer montes, los volteaba a hacha y rozón», llegando a hacer una cuadra al mes cuando no estaba tan tupido. Limpió muchos de los campos de sus vecinos pobladores hasta que se enroló en la pesca de la Fiebre de la Merluza al comenzar la década de los 90, recorriendo «todo el litoral» en su propio bote. También fue ayudante de restaurante en Raúl Marín Balmaceda y jornalero rural y cuidador de animales en Coyhaique por tres años, hasta que el frío lo cansó.

«Yo sigo casi las mismas costumbres de antes porque aquí no uso mucha carne, como lo que tengo no más. Cuando voy al pueblo traigo algunas cosas, pero se terminó y se terminó no más. Voy allá a la huerta donde mi sobrina a buscar cualquier cosa».





**ROSA TANIA AILLAPAN RAUQUE**

16 de octubre de 1955

ROSA LLEGÓ MUY NIÑA A LA ZONA CON SU PADRE Y SU HERMANO VÍCTOR.

No recuerda a su madre y no conoció abuelos, tíos o primos. Creció en Puyuhuapi con la familia del patrón de su papá, Ramón Díaz. Allí le entregaron estudios y «valores», pero dentro de una infancia servidora. El año 73, con unos diecisiete años, cuando pese recibir una oferta de trabajo de cocinera, volvió donde su padre para acompañarlo. Recuerda a su padre José Eberardo Aillapan Huenulef con gran cariño, «él era bueno, tenía una personalidad muy buena, era una persona que no se enojaba, no se amargaba por nada, una persona muy serena. Cuando nos retaba nos tenía que retar, pero era por el bien de nosotros, no era porque quería hacerlo».

Cuenta que su padre se vino solo con sus hijos, sin hermanos ni otros familiares y que su primer patrón fue Mateo Coronado y después entró a trabajar en la Sociedad El Venado⁸. Al llegar en el año 66 acontecía un gran incendio en la región, «se quemó todo por allá por Coyhaique, por acá, todo. Ese fue el año que llegó mi papá. Después de la Sociedad del Venado es que entró a trabajar al fundo de Ramón Díaz donde estuvo once años él trabajando como puestero. Después de eso adquirió este campo, igual sacó animales, Ramón Díaz le pagaba animales y él vendió todos los que había para poder hacer la plata, para poder comprar el campo».

El propósito del padre era obtener este campo para sus hijos José, Víctor y Rosa, «pero el otro hermano, lamentablemente, se enfermó del corazón, se operó, lo llevaron a Santiago a operarlo y después se vino y como en esos años la tecnología no era tan buena, le dieron más menos para tres años de que él iba a estar vivo». Tras su anticipada partida quedaron únicamente dos herederos testamentarios. «Cuando él falleció ya tuvimos que ir a Bienes Nacionales otra vez a decir que él había fallecido. Este pedazo aquí donde yo vivo, era de mi hermano, supuestamente él estaba trabajando aquí para poder hacer su casa».

Como muchos de los campesinos de antaño, su padre trabajó la tejuela para la construcción de sus propias viviendas y edificaciones. Sobre la segunda casa que su padre construyó en El Mirta, «esa casita de allá, esa tiene tejuelas, ahí vivíamos nosotros, en un escenario realmente aislado. Cuando nosotros llegamos acá a La Junta, nada de Junta había, puro quilanto no más era, así que nada de camino, nada de eso, a caballo no más se llegaba acá».

8 Información ratificada por José Aillapan Rauque.



El aislamiento que comenta Rosa se mantuvo hasta la apertura del camino interrural ocurrida por el año 2000, «ahí empezamos a andar más aliviados».

Amante de su vida en el campo, cuenta que felizmente nunca sintió discriminación alguna por sus orígenes o apellidos, «porque aquí son todos iguales, aquí en esta región por lo menos, aquí donde vivimos en esta parte. Para uno somos todos iguales, sea rico, sea pobre, somos todos sin distinción».



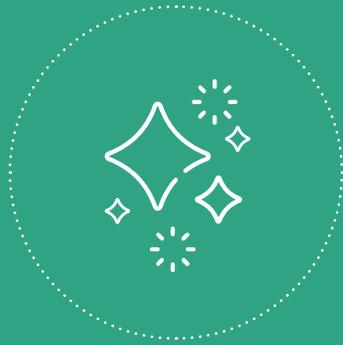
LINAY

Cielos claros

ANTILLANCA

Joyas del sol

LIQ



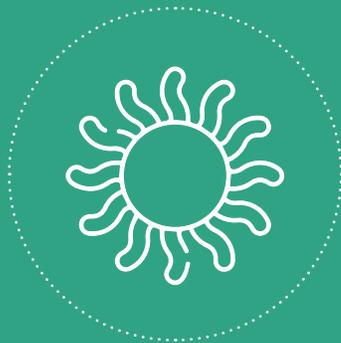
claro y limpio

NAG



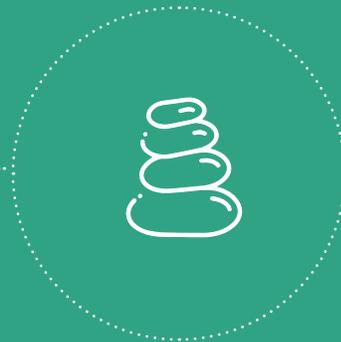
bajar

ANTU



sol

LLANKA



pedritas azules



**JOSÉ BENITO LINAY MANCILLA**

10 de noviembre de 1960

BENITO NACIÓ Y CRECIÓ EN LOS CAMPOS DE LA ZONA. Francisco Linay

Quichel, padre de Benito, llegó junto a su padre, José Lisandro Linay, y los hermanos de este, José Eliseo Linay Calcumil y Antonio Avilés, llegaron cerca del año 55 o 56, trabajando para Arturo Schenke. La familia provenía de Lago Rancho, donde eran trabajadores del mismo empleador.

En una de sus salidas al norte, su padre trae consigo a su esposa, María Isabel Mancilla Mancilla, con quien tuvieron nueve hijos. Benito recuerda la pobreza vivida durante su infancia «sufrimos para criarnos, pasamos hambre, de todo. Yo me acuerdo que tenía doce años cuando recién me puse un par de zapatos, de esos que daba el fisco, antes así a pata pelá no más, pantaloncito corto... No me hallaba tampoco con zapatos, usábamos chalitas, de esas nos hacía mi viejo, chalitas del cuero de la vaca... No había nada para echarle, salmón no más comimos harto porque estábamos al lado de un lago, y el coipo⁹, eso lo ahumábamos y lo comíamos».

De las historias de su padre, conoció la verdadera situación de escasez y el ingenio de los primeros años de ocupación. Durante la década de los 50, dice que «ni botes habían, si ellos hicieron a hacha un gongo, un palo sin bulto¹⁰, con ese cruzaba de a dos personas para visitarse con la gente que había al otro lado. Duros los veteranos, los viejos fueron muy duros. Y después hicieron chatas, era más fácil porque la gente se compraba una chata y podía andar en el río con chata, porque antes andaban con ese palo medio redondo».

Algo poco usual para la época fue que Benito pudo conocer y compartir con su abuelo José Lisandro Linay, quien fuera administrador del fundo de Arturo Schenke. Lo recuerda «buenísimo, alegre... Cantaba, tocaba igual». José Lisandro fabricaba instrumentos musicales en sus ratos libres, por ejemplo, fabricaba pifilkas. Comenta sobre su abuelo que «hacía con ciruelillo de acá de la zona, hasta guitarras hacía, si era inteligente el viejito. En las tardes nos juntaba y tocaba, siempre me acuerdo que nos hacía bailar “El Costillar”. Nos ponía un palo al medio y ahí nos hacía a correr a todos nosotros, los nueve».

En los mayores, la cultura mapuche se expresaba de diversas maneras, como en el uso del idioma: «mi papá y mi abuelo empezaban, conversaban, uno no entendía, ellos echaban chistes y se reían. Mi abuelo contaba, contaba la plata y yo escuchaba, cantaba igual». A través de la preparación de las comidas, Benito recuerda que entre su padre y abuelo «traían el trigo de afuera, y acá se hacía todo el trabajo. Eso lo hacían siempre, el catuto. Hacía unas comidas muy buenas ese viejito, ponía a hervir unos huesos, puros huesos

⁹ *Myocastor coypus*.

¹⁰ Entiéndase un tronco volteado y ahuecado a hacha.



con chuchoca o pancutras. Ese muday igual lo hacía mi abuelo, es muy rico eso, en unas garrafas lo hacía, antes salían esas garrafas de 15, ahí hacía el viejito, tortillas».

Una de las tradiciones que se practica en todo el sector es el juego de palín. «Antes lo jugaban acá, cuando ya empezó la escuela aquí en La Junta¹¹. A pata pelá se juega. Mi papá hacía pelotas de michay que buscaba en el campo. Se hace unas porras así en los árboles y eso lo sacaba y lo redondeaba, y eso era. Tú después lo arreglas, lo dejas redondito y esas eran las pelotas con las que antes jugábamos. Se pegaba en la pata, ¡cojo al tiro!».

Después de la partida de su abuelo y luego de años de trabajo, su padre logra adquirir un campo colindante con el de su antiguo patrón en el sector Correntoso, camino a Raúl Marín Balmaceda. Con el tiempo, su padre construyó una chata y hacía fletes a Raúl Marín, a remo y botavara. En tanto, Benito comienza a trabajar desde los trece años para Chalo Venteo, «ayudaba a buscar las vacas para lechar y los hombres se llevaban el queso para afuera, bajaban en botes esos quesos así que imagínate, para ir a venderlos a Puerto Montt, esa era mi pega, la leña igual».

También realizó otro oficio, «trabajamos la tejuela nosotros con mi viejo, con eso vivimos en el campo, vendimos esas tejuelas, él las hacía. Con esas cosas se trabajaba antes acá», añade además que cuando no había venta realizaban una permuta, «se permutaban por víveres, aves o por cualquier cosita que compense la venta de la tejuela. Así se vivió mucho aquí, años».

A los dieciocho años trabajó para Ildefonso Berger, luego comenzó a transportar gente por el río, «venía a dejar gente acá arriba, los cabros a la escuela los fines de semana, bajaba con mi botecito cargado de chicos. Aquí en el pueblo había una escuelita, Fernando Sotomayor fue el primer profesor que llegó a la zona. Después me vine donde Aliro Gallardo y ahí ya empecé a buscar para arriba, para El Quinto, y ahí trabajaba, hacía tratos no más, sacaba roces, rozaba».

En el año 88, establece una unión con Cristina del Rosario Cárdenas Negrón y casi cuatro años después emigran a la pesca, trabajando y viviendo en Puerto Gala, Isla Atilio e Isla Senec hasta que retornan a La Junta debido a la escolaridad que iniciaría su hijo mayor.

Herederero del oficio de elaboración de herramientas en madera, al momento de toma de datos para esta publicación, se prepara para la conmemoración del juego de palín de la primavera, «ya tengo dos chuecas hechas ahí, yo hago los palines, mi abuelo y mi papá hacían estas cosas».

11 El año 70 (Osorio y Martínez, 2014).





**OLGA JONIE LINAY ANTILLANCA**

30 de mayo de 1959

OLGA NACIÓ EN EL CAMPO, «EN UN SECTOR MÁS ABAJO DE EL SAUCE,

‘El Loro’, que le dicen». Su padre, José Eliseo Linay Calcumil, llegó en el año 54 junto a su esposa, Laura Antillanca Treuquil, y una hija pequeña. Lo acompañaron en su llegada su padre, José Lisandro Linay, y hermanos, Francisco Linay Quichel y Antonio Avilés, este último «hermano de crianza, como le llamábamos antes». Todos llegaron como trabajadores de Arturo Schenke.

Su padre, abuelo y tíos eran de Lago Ranco y su madre de Isla Huapi, una isla al interior del mismo Lago Ranco. Las labores encargadas a su papá eran de limpieza y roce, «hacía el campo, porque esto era pura montaña cuando llegaron, entonces él rozaba, quemaba, antes se hacían cuadras de roce, no eran hectáreas como ahora, era a puro rozón. Ellos hicieron campo y después el caballero les enviaba la semilla, empezaron a empastar, hicieron muchas cosas», refiriéndose a construcciones y mejoras durante los catorce años que trabajó para Schenke.

Su abuelo, José Lisandro, fue el administrador de Arturo Schenke o «vaquero, que le llamaban, el que se encargaba de los animales». Tanto Olga como su primo, José Benito, guardan una imagen muy clara y positiva de él, «mi abuelo era muy abierto, bueno para conversar, una persona seria, pero era buena persona mi abuelito». Cuenta que era fanático de las armas y la milicia, «el viejito se sabía su fusil de memoria, pieza por pieza. Y me acuerdo que él siempre decía que se llamaba Lisandro Linay y Linay».

«Mi abuelo vivía en el fogón, nunca lo vi entrar para la casa. A veces comía papas al rescoldo y nosotros nos íbamos a las papas asadas, porque eran de ricas... Las limpiaba con un trapito, quedaban amarillitas... Y cuando él andaba, andaba trayendo unos tarritos de mote, antes salían unos tarritos metálicos de lata, él lo lavaba bien limpiecito y andaba trayendo mote cocido. Tenía un morral, que le llamaba, una maletita, ese andaba estable en su caballo, andaba trayendo la tetera matera y de la aguja para arriba en ese morralito, y andaba trayendo su mote cocido. Llegaba a la casa y nos daba un tarrito de mote».

Con el pasar del tiempo, los hermanos Eliseo, Francisco y Antonio, descubren el que será su futuro campo. «Ahí mismo de donde don Arturo, ubicaron un cañadón que hay a la orilla del cerro, quedó colindando con el fundo por un arroyo que se llama El Tupido, ese es el límite, de ahí para allá es de nosotros... Cuando fuimos a ese campo que tenemos, mi papá hizo una casa de canoga, pura canoga, puro palo rústico», posteriormente, José Eliseo construyó una casa de tejas.



El matrimonio Linay Antillanca llegó a tener siete hijos. Olga recuerda a su madre, Laura, como una mujer «muy conversista, muy amable y cariñosa. Tenía una manera especial para atender a la visita, con mucho cariño y risa». Laura, formó parte del primer Centro de Madres fundado durante el periodo en que el pueblo comenzaba a organizarse, «mi mamá venía del campo para acá y formó el Centro de Madres Santa Laura. Venían a pie, me acuerdo, hasta una cierta parte subían en chata y de ahí se venían por la huella a hacer todas esas cosas... Mi papá venía a las reuniones de La Junta de vecinos, pequeños agricultores».

Olga, orgullosa de sus raíces, creció escuchando historias de ceremonias y rogativas mapuche en las que participaban sus padres antes de venirse a la zona, «ella sabía hablar en lengua mapuche, mi abuelo igual, nosotros no aprendimos. Y ellos hablaban los dos, se reían de nosotros, nos decían cada cosa y nosotros no entendíamos. Siempre nos hacía todas las comidas que se hacían allá, muday, catuto, tortillas al rescoldo, todas muy buenas».

Su madre vivió hasta los cuarenta y dos años, cuando Olga comenzaba la adolescencia. Con su fallecimiento se fue gran parte de la tradición familiar.

«Me dan ganas, en veces, de hacer catuto, pero no me acuerdo cómo lo hacía mi mamá. Parece que tostaba el trigo antes, después le mandaba un hervor y de ahí lo pasaba por el molino, porque quedaba como una masa. Mi mamá le ponía mantequilla y lo arrollaba, pero los catutos grandes, nosotros los comíamos y le quedaban buenos, muy buenos. Igual el muday, mi mamá hacía un muday muy bueno, es que no todos lo saben hacer muy bien; mi mamá, me acuerdo, que pelaba el trigo con ceniza, quedaba blanquito, sale toda la piel, y después se hacía el muday. Uno siempre tenía a la mamá que haga todo, pero muchas cosas nos quedaron, por ejemplo, ella tejía a telar, eso se me quedó, nos costó, mi papá nos ayudó otro poco, pero después nos ayudábamos a armar, a urdir los telares».



NEGÜE

Fuerte

NEWEN



fuerza





MIRIAM DEL CARMEN NEGÜE NEGÜE

28 de noviembre de 1957

MIRIAM NACIÓ EN CHILOÉ Y LLEGÓ A LA REGIÓN acompañando a su madre, Clementina Negüe Oyarzo, durante la década del 60, cuando ella era una niña. Sobre su padre, sabe que era de nacionalidad sueca y formaba parte de una cuadrilla que llegó a trabajar Quellón, su madre hacía de cocinera para estos trabajadores.

Primero llegaron a Puerto Aysén, donde Clementina comenzó a trabajar como empleada doméstica, y al poco tiempo se mudaron a Puyuhuapi, donde ingresó a trabajar en la fábrica de «Alfombras de Puyuhuapi» de Walter Hopperdietzel. En la pensión donde paraban, su madre conoce a Feliciano Salustiano Ojeda Riquelme, con quien se radican en Valle El Quinto.

Su familia materna vivía en Isla Coldita, una isla muy pequeña ubicada justo al frente sur de Quellón, lugar donde creció su madre. Miriam guarda algunos recuerdos de su infancia donde compartía con abuela materna, Amelia Oyarzo, «entre sueños me acuerdo que mi abuelita me enseñó a hilar, era muy chiquitita, y me acuerdo que me hacía cazuela con trigo mote... Quedaba rica y a mí que me gustaba esa comida».

En la zona, su madre era reconocida como una mujer mapuche antigua, así como una versada partera. «Salió por todos lados, por los contornos de los campos salía a cuidar a las señoras que se embarazaban y yo me quedaba con mis hermanos. Todas esas señoras que atendió ya están fallecidas. Ella cuando tuvo a sus hijos se atendía sola, yo vi nacer a mis hermanos».

Siendo Miriam la mayor de siete hermanos, y con la ausencia permanente de su padrastro, cayó sobre ella la responsabilidad de cuidado de sus hermanos menores mientras su madre trabajaba en el campo. «Los sacrificios para vivir, para sembrar, para cerrar, para hacer campo, para rozar, cortar los árboles... Mi mamá salía en la mañana, temprano, e iba a hacer campo todo el día, cortar pasto, machucar el pasto para cosechar, para hacer semilla, después quemaba y regaba el pasto, y ahí se hacía campo, todos los días, y yo me quedaba con mis hermanos, les hacía la comida. De repente la sentía llegando de noche».

Clementina vivió una solitaria maternidad. «A nosotros nos crió con pavo de harina, de eso en la mañana. Ella sembraba el trigo y lo molía con una piedra plana, bien molida, y lo hacíamos pavo. Y la harina blanca que compramos para hacer pan, la tostaba en un sartén y esa harina a nosotros nos hacía como pavo frito de cebolla, en la mañana. Era buena para hacer milcaos, montón de cuestiones, buena para hacer comidas antiguas, comidas indígenas, a ella le gustaba. Siempre la veía que tejía, y me dijo que yo tenía que aprender



a tejer, para que le haga medias a mis hermanos, entonces como ya se armó de lana de oveja, empezó a lavar lana, empezó a hilar».

Así los hijos fueron creciendo y el hogar adquiría cierta estabilidad, en tanto, comienza el asedio y la polarización política. Tras el golpe de Estado, su padrastro Feliciano es perseguido y detenido en varias ocasiones, hasta que logra huir a Argentina y deja por completo a la familia. En este escenario, Clementina reúne un capital que le permite contratar personas que ayuden en las faenas del campo. «Ya fue más liviano, cada persona que le ayude a cerrar, a sembrar, ya los chicos igual, mi mamá tuvo hartos animales. Me acuerdo que cuando empezó a ordeñar, mi mamá ordeñaba cincuenta vacas en la mañana... Yo con mis hermanos, todos, hacía queso y mantequilla y salía a vender a La Junta».

Un día de cosecha de avena, su madre tuvo un dolor gástrico que se complicó con el paso de los días. Tuvieron que llevarla de urgencia en avioneta al hospital de Palena, «la operaron y ella no aguantó la operación».

Superados los antiguos años de pudor por el origen de sus apellidos, hoy Miriam siente orgullo de sentir reflejados en ellos a su mamá. Para ella, «ser mapuche es sembrar la tierra, tejer, esos son los trabajos que uno como mapuche hace y lo siente en su sangre, creo yo, uno lo quiere hacer y como que le tira hacer, a mí me gusta hacer eso».







GUILLERMO HENRIQUE OJEDA NEGÜE

24 de junio de 1971

GUILLERMO NACIÓ EN VALLE EL QUINTO. SU MADRE, CLEMENTINA NEGÜE OYARZO, falleció cuando tenía ocho años. Su padre, Feliciano Salustiano Ojeda Riquelme, provenía de la zona de Valdivia y se separó de Guillermo a sus dos años, cuando se fue a Argentina en época de dictadura. De su padre, sabe que llegó primero a Palena «y de ahí se vino para acá, cuando recién estaba existiendo La Junta»; al conocer a Clementina, ya había ocupado el campo que sería de los Ojeda Negüe y Negüe Negüe.

Los primeros años de sus padres fueron modestos a sobremanera, como muchas de las vidas de los vecinos. «La primera casa que mi papá hizo era una casa con puro revellín, tablones, pero hechos a pura hacha y un techo de canoga». Su padre, involucrado en la política, «siempre andaba por aquí y por allá, para Puerto Montt, viajaba para todos lados», por lo que su madre debía arreglárselas para alimentar a los hijos en un medio tan aislado como era Valle El Quinto en aquellos años.

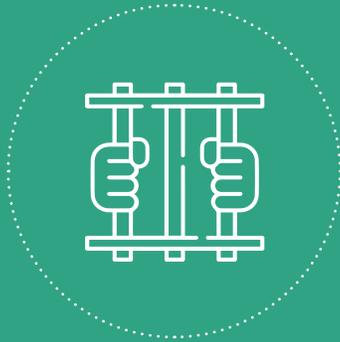
«Criaba animales, engordaba chanchos y sembraba. Era buena para sembrar porque para mantener a toda esa cantidad de hijos, en esos tiempos, cuando aquí no había carretera... Hacía tortillas al rescoldo en la ceniza y milcaos; mi mamá siempre tenía un fogón. Antes, que no había luz, se ahumaba la carne para que no se seque mucho, la metían dentro de un saco y la guardaban. Los milcaos y la chuchoca, que era un palo largo, una masa delgadita que la iba dando vueltas, le echaba manteca de chancho y así iba cocinando, una tela delgadita pero buena, como quien hace esos panqueques. Y eso de criar chanchos, todo eso lo hacíamos siempre a la entrada del invierno, por abril, mayo; carneaba una vaquilla y engordaba un chancho y eso lo hacía cecina, prieta, longaniza, así caseras, las colgaba en el fogón, y con eso tenía el sustento para el invierno».

Cuando su padre huye en el año 73, la familia comienza a realizar los trámites para que el campo quede a nombre de Clementina y tras su precipitado deceso en 1980, pasa a la sucesión de todos los hermanos. «Mi papá no volvió nunca más, creo que se casó por allá, lo último que supe es que cuando murió estaba en Ushuaia, por el lado de Punta Arenas. Y bueno, mi mamá falleció cuando estaba llegando la carretera al Lago Rosselot, todavía no llegaba al campo, hasta ahí me acuerdo que estaba el camino... Mi mamá siempre fue buena mamá, por el hecho de quedarse sola con nosotros y sacarnos adelante en esos años. Fue muy trabajadora y siempre la gente se acuerda, los vecinos se acuerdan bien de cómo era mi mamá».

NITOR

Cautivo

NÜTUM



cautivo



**BRIDITH MAGALI NÚÑEZ NITOR**

30 de enero de 1977

BRIDITH NACIÓ EN VALLE FIGUEROA, en el campo. Su madre, Magdalena del Carmen Nitor Raipani, nació en Lago Rosselot y su padre, Ubald Núñez Palma, provenía de la zona de Volcán Osorno y llegó el año 63, a los catorce años, junto a sus hermanos y padres Juan Alfredo Núñez y Lidia Palma Barría.

Todos sus abuelos llegaron trabajando para Ludolf «Luly» Neumann Appel en diferentes épocas. Su abuelo materno, Amador Nitor Bañado, llegó de Río Bueno el año 54 junto a su esposa, María Elba Raipani Llancapani, y sus hijos mayores. «Llegaron a El Rosado, de Lago Rosselot hacia el fondo, administrando el sector donde don Luly tenía campo». Sus abuelos contaban que «los gringos, llegaban allá y les contaban que estaban formando la región de Aysén, no era Aysén, era el Aysén que estaban formando acá y era muy lindo, una maravilla, entonces a esa gente le dieron ansias de venirse para acá a conocer y hacer patria».

En la zona, su abuelo Amador fue conocido como «el indio» por la gente antigua «porque fue la primera familia que se instaló como en una ruka, no era una casa con piso, con todo eso, mi abuelo vivió en una ruka por años». Amador fue campesino, autosuficiente y «quitado de bulla», llegó a ser uno de los primeros tejueleros de la zona, las que hacía para la familia Hepp. En su campo, que adquirió oportunamente, impulsado por sus anhelos de independencia, producía todo lo que necesitaba para su consumo, «no era una persona que iba a venir al pueblo, él sembraba mucho, tenía cantidades de cerezas, conservas, yo creo que solamente venía a buscar azúcar, sal y harina». Su abuela, María Elba, hizo labores de partera y así como ayudó fue ayudada en su momento, «una de las personas que atendió de partera a mi abuela fue la señora Clementina, la mamá de los Negüe... Mi mamá decía que mi abuela hablaba en huilliche, que no es lo mismo que mapuche, y toda su vida fumó tabaco, se hizo sus propios cigarros y producía su propio tabaco».

«Mi mamá tenía siete años y su otra hermana seis cuando su mamá murió en el campo». Amador enviudó tempranamente y en sus ratos libres, durante los años de viudez, se refugiaba en la música, «tenía una armónica y varios instrumentos de viento, se instalaba afuera a tocar la armónica... Siempre con su bastoncito para el cerro se iba, porque como el campo era cuesta arriba, él se iba con su bastón a ver sus animales, sus vacas, sus huertas, porque lo hacía bien lejos de la casa».

Por otra parte, sus abuelos paternos dejaron la zona en la década del 80 para poder ingresar a sus nietos a la escuela. «En Puyuhuapi compraron una casa a un caballero mentado, don Osvaldo Tarauca y a don Efraín Lagos».



Su abuela Lidia era una mujer de personalidad fuerte, dueña de su casa, que en su juventud había trabajado «para la gente alemana, recuerdo de ella sus kuchenos que hacía, todo era medio sofisticado». Y su abuelo Juan Alfredo, «amante de las carreras a la chilena», fue el primer presidente del rodeo chileno de Puyuhuapi.

En el año 76, sus padres contraen matrimonio y una vez casados adquieren un campo en Valle Figueroa, camino a Lago Verde. Durante sus años de juventud, su padre Ubaldo había trabajado en roce de campos y poseía conocimientos de amansador de caballos. Mientras su madre sembraba la tierra, su padre se dedicaba a las faenas de arriero. «Mi papá solía trabajar, llevaba sus animales a Puyuhuapi, los sacaba y se demoraba semanas, un mes en volver, mientras mi mamá hacía la de un hombre trabajando en el campo, sembrando papas, cortando leña, tratando de hacer lo mejor para sus hijos que quedaban con ella sola».

Sin embargo, en el contexto de la crisis económica de los años 80 se ven obligados a vender el campo y el padre debe reinventarse a la recolección de pelillo¹² en Raúl Marín Balmaceda, después a la pesca artesanal en Puerto Gala y Puerto Gaviota, «mi papá siempre trabajó lejos, siempre lo veíamos partir no más».

Su madre es para ella la raíz de su identidad indígena y fuente de conocimiento. «Las cosas que mi mamá hacía mientras estuvo con nosotros, la forma de cocinar, la forma de vestirse antes, su cultura de vida. En la mañana, el desayuno era como un almuerzo, mi mamá iba a ordeñar y dejaba una mayo de papas funcionando y después era una taza de leche con mayo de papas, queso, mantequilla. Mi mamá hacía ese chuchuyeco que nosotros le decimos, el chopón, la pelota de chuño, crecimos con eso, que la cuecen en las brasas y van sacando por capas y la chuchoca que le dicen algunos, empanadas de manzana hervida, mi mamá nos hacía eso de postre, en vez de chapaleles, unas manzanas hervidas».

Hoy madre e hija integran activamente la Asociación Indígena y Bridith, quien ha asumido la presidencia de la directiva en diferentes oportunidades, guarda una postura crítica sobre los procesos de revitalización indígena, siempre con una mirada más localista, en sintonía con los aspectos culturales ejercidos y heredados por los mayores.

12 *Agarophyton chilensis*.



HUENTEO

Lugar de las alturas

HUENULEF

Corrió hacia arriba

HUENTE

HUE



altura

lugar de las alturas.
Vive en lo alto

WENU

LEFN



cielo



correr



**MARIA JOVITA MANSILLA TORRES**

1 de noviembre de 1941

JOVITA VIVÍA EN OSORNO CUANDO CONTRAE MATRIMONIO con Saturnino

«Chalo» Venteo Paillamanque en el año 59. Al año siguiente nace su primer hijo, Ricardo Alfonso Venteo Mansilla, y emprenden viaje a la zona, donde su marido trabajaba para la familia Schenke.

«Llegamos cuando no había nada acá, nada. Mi viejo llegó primero, él estuvo trabajando primero acá, estuvo allá abajo donde Potthoff, después pasó acá donde Schenke y después me fue a buscar a mí para afuera. Me vine a ojos cerrados no más, no sabía por dónde me iba a llevar. Subimos el río de abajo, Raúl Marín, los barcos que trajinaban antes, esos barcos malos, así que nos vinimos así, el viejo con chata remando y yo por la senda caminando con mi chico, en partes me pasaba a sentar en los palos por ahí en el monte. De repente pasaba por el monte, de repente por la playa, cansada con mi chico, y él botavareando en chata para acá arriba».

Pese a que su marido fue uno de esos pobladores entusiastas, que incentivaba y traía a sus familiares a radicarse en el sector, tuvo que atravesar la soledad de esos primeros años, «mi viejo empezó a trabajar acá donde Schenke, él rozaba. Se iba en las mañanas, le hacía su almuerzo yo y se iba, todo el día a trabajar para arriba, y yo sola, a dónde uno iba a ir, a donde una vecina a conversar si quiera, nada. Yo sacaba mis llantiás cuando recién llegué acá».

En Osorno, Jovita vivía con sus padres, Felipe Mansilla Pérez y Julia Torres Cárcamo, era la mayor de sus otras dos hermanas, María Ester Mansilla Torres y Lidia Del Tránsito Mansilla Torres. Al tiempo, ellos también llegan a la zona y también entran a trabajar para la familia Schenke, «después mi viejo los fue a buscar a afuera a ellos, así que yo feliz con mi vieja y ellos estaban felices, se vinieron apatronados igual, a lechear, mi mami hacía queso, hacía mantequilla, quedaron ellos para acá».

Los otros hijos de Jovita y Chalo nacieron en el campo, «nació la Inés, nació mi otro hijo igual, así no más, el viejo no más me cuidó. Después ya mi viejo compró esto y empezó a limpiar para rozar y para criar animalitos igual, para que tengan pasto. Ya con el trabajo que hicimos nosotros, el patrón nos regalaba animalitos, así que ahí empezamos a juntar».





INÉS DEL CARMEN VENTEO MANSILLA

14 de junio de 1961

INÉS NACIÓ EL AÑO 61 EN SECTOR EL LORO, «al salto aquí del río, ahí no más nací, me tuvo mi madre». Su padre, Saturnino «Chalo» Venteo Paillamanque, llegó a trabajar al sector el año 57 «y estuvo como dos, tres años y se fue a buscar a mi mami».

Su padre nació en Riachuelo, en las cercanías de Río Negro. Nunca conoció a sus abuelos paternos, Enrique Venteo Caileo y Cayetana Paillamanque Treimun, «su mamá parece que era de por ahí de San Juan de la Costa, siempre se acordaba de esas partes, de San Juan de la Costa en Osorno». Un estimable antecedente de su historia paterna es la inscripción de su abuelo Enrique, «mi padre, según dice, que su papá era Torres, pero lo legitimó un Venteo. Mi finada abuela me contaba que venía siendo como pariente de mi finada abuela de apellido Torres y por eso es que como que eran medios cercanos. Y era un «Huenteo», no sé por qué lo afinaron y le pusieron «Venteo», éramos con H y lo legitimaron por Venteo, quedó y así quedamos todos».

A sus abuelos maternos, Felipe Mansilla Pérez y Julia Torres Cárcamo, sí los conoció y es gracias a ellos que se robustecen los recuerdos de una infancia tradicional y campesina, «a nosotros nos gustaba ir donde la abuela porque ella nos hacía cosas para comer, que tortillas al rescoldo, cualquier cosa ella nos hacía cuando uno llegaba... La finada abuela tenía algunas palabras que de repente uno no sabía cómo. Por ejemplo, Bernardo en vez de decirle a mi papá, 'papá', le decía 'viejo chachi' y así no más le decíamos, la abuela le enseñó esa palabra. Entonces había cosas que uno decía de a dónde puede ser, esas palabras eran medias 'trepuladas' entre mapuche con chilote».

En el campo, Inés creció aprendiendo a lechear, hacer queso, tejer e hilar. Chalo, su padre, trabajó alrededor de unos ocho o diez años apatronado antes de conseguir campo propio en sector El Loro y además de trabajar el campo se hizo reconocido en la hechura de botes que construía por encargo a familias que necesitaran transportarse por el río. «Chatas, botecitos a motor así con espejito igual los hizo mi papi y chatitas, las chatitas son con dos puntas... El bote a motor es casi lo mismo pero un poquito más alto y llevan un espejo y son cuadradas atrás, donde va el motor».

El conocimiento asociado a la construcción de lanchas y botes permanece en cada uno de los Venteo, pero tras la partida de su padre, es su hermano Ricardo quien continúa con la construcción de botes por encargo, perpetuando este oficio conocido como carpintería de ribera.



**MICAELA HUENULEF BURGOS**

16 de mayo de 1938

MICAELA CRECIÓ EN OSORNO JUNTO A SUS PADRES, Eduardo Belarmino Huenulef Vera y Elena Burgos Aguilar, y sus seis hermanos: Raúl, Segundo Belarmino, Ruth, Judith, Ester y Juan Antonio.

Su padre trabajaba en la Dirección de Vialidad de la ciudad de Osorno y su madre proviene de una familia pionera del Valle Simpson, fundadora de la llamada «Quinta Burgos», una de las poblaciones más antiguas de Coyhaique. No conoció a sus abuelos, «por el nombre no más, el único que queda es mi tío Aladino Burgos Aguilar, que tiene campo para Mano Negra». Su abuela materna fue Balbina Aguilar Ojeda, y su abuelo, José Antonio Burgos Contreras, hijo de los pioneros Vicente Burgos Garrido y Elvira Contreras Machuca¹³, «tal vez el más visionario MINVU y con un espíritu comercial más desarrollado que sus hermanos» (MINVU, 2010: 17). Micaela recuerda que su madre «era argentina y vivió en Coyhaique, eso es lo que yo no sé, cómo conocería a mi papá, ella nunca nos explicó cómo conoció a mi papá porque era de Argentina, tenía sus padres en Coyhaique¹⁴».

En Osorno, Micaela contrae matrimonio con José Germán Venteo Paillamanque en el año 59 y al año siguiente llega a la zona. «Él nació el año 30 y era agricultor, muchas veces en ese tiempo no había trabajo, y para trabajar nos vinimos acá. Justo el año 60 llegamos, pero cuando recién nos vinimos fue muy triste porque yo nunca pensé el sufrimiento grande para subir de Marín hacia acá arriba. Era en bote, muchas veces nos pillaba la noche en el río, porque el río era tan corrientoso. En cualquier casa que había nos pasábamos a quedar hasta que otra vez aclare para poder seguir el viaje. Me acuerdo que yo lo único que quería era volverme».

Motivado por su hermano Chalo Venteo, Germán llegó a la zona a trabajar para Víctor Schenke. «En esos tiempos la gente nunca pensó que iba a haber camino, empezó a vender sus campitos, después ya se fueron para afuera... A nosotros, el patrón que tuvimos nos mandaba víveres para tres meses, así que nunca nos faltaron cosas porque él era un hombre muy bueno, era de

13 «Según consta en los documentos del expediente de solicitud de título gratuito, don Vicente Burgos afirmaba estar poblando un terreno fiscal en las cercanías del pueblo de Baquedano desde 1926, lugar en el que había realizado una serie de mejoras que incluían casas, galpón, cercos, siembras y plantaciones de árboles frutales» (MINVU, 2010:16).

14 «Según lo consignan datos del registro civil de Coyhaique, algunos hijos de don Vicente y doña Elvira (y tal vez ellos también) se encuentran viviendo entre Cholila y Esquel hacia 1916. Tiempo después comenzaría el viaje de toda la familia hacia el Valle Simpson, donde habrían llegado los primeros años de la década del veinte del siglo pasado. El matrimonio frisaba en esa época los 60 años o más» (MINVU, 2010: 17).



Osorno y vivía ahí. Él nos mandaba harta mercadería, cuando venía nos traía remedios, siempre todas esas cosas a nosotros, él trajinaba siempre en avión, como la cancha que había era acá abajo, ahí llegaban, después agarraban un bote para abajo».

Eran los tiempos difíciles, de los tres días de travesía a contracorriente para llegar a la casa, «porque el río lleno y a puro remo, en ese tiempo no había lancha como ahora que se tienen todos los medios para trajinar en el río. Era muy difícil la situación, pero de a poco ya se fue componiendo y al final ya después nos dio por comprar este campo donde está Luis ahora», su segundo hijo. El matrimonio adquirió el campo en sector El Loro en una compra conjunta con la familia Venteo Mansilla. «Estuvo trabajando ahí y el patrón que tenía le fue dando animalitos, animalitos y un día me dijo: ‘sabe que me están vendiendo un pedazo de tierra, vendamos esos animales para que tengamos plata y compremos esa tierra’, y sí pues, compramos ese pedazo de tierra, o sea que lo compraron a medias con los dos hermanos y así nos armamos de ese campito nosotros, que hasta la fecha lo tenemos».

Micaela tuvo seis hijos, «yo les tejía, hilaba, tejía, les hacía sus medias, chombas, todo, tejí mucho... Toda una vida que crie mis hijos les tejía chombas, medias, todo puro tejido, claro cuando eran chiquititos, para abrigo».





**LUIS GERMÁN VENTEO HUENULEF**

9 de octubre de 1962

LUIS NACIÓ EN SECTOR EL ENCAJONADO. «No conocí hospital, nací en el campo, ahí me tuvieron mis padres como a treinta y tantos kilómetros de La Junta hacia Raúl Marín». Sus padres, José Germán Venteo Paillamanque y Micaela Huenulef Burgos, llegaron de la provincia de Osorno en busca de trabajo; su madre venía de de Osorno y su padre de Riachuelo, en Río Negro, «ellos entraron el año 59 a este sector, mi papá se vino trabajando para los primeros colonos que había antes que ellos, los Schenke, con ellos se vinieron trabajando por medio de mi papá y el resto de familiares».

Sus abuelos maternos, Eduardo Belarmino Huenulef Vera y Elena Burgos Aguilar, les visitaron en algunas ocasiones, «eran cariñosos, la viejita igual, pero después, como ellos como eran de Osorno los dejamos de ver». A sus abuelos paternos, Enrique Venteo Caileo y Cayetana Paillamanque Treimun, «no los conocí, ellos toda su vida vivieron y murieron afuera».

Al llegar al sector, su padre ya tenía su hogar formado. Llegó a trabajar para Víctor Schenke y cuando este fallece, comienza a trabajar para su hermano Pedro Schenke, «estaban todos ligados con don Arturo Schenke, porque era una familia, y ahí estuvo más de veinte o veinticinco años trabajando con ellos».

Tras años de trabajo logran adquirir campo junto a su hermano Chalo, un campo que compraron al primer Registro Civil, «a un caballero de apellido Vera, si no me equivoco, El Registro Civil, donde usted va a pasar donde la tía Jova, ahí era la oficina, ahí atendían y venían a casarse las personas en esos años».

Luis tuvo una infancia «juntina», típica de antaño, en el campo junto a sus hermanos y primos, «vivimos una vida sana, jugando los juegos populares, que el caballito de palo, que las casitas hechas con quila en esos años, era totalmente diferente a lo de ahora, no me puedo quejar». Su familia era provista en su calidad de trabajadores, «el patrón le enviaba para el año la pulpería, pulpería le decíamos nosotros antes, diez, doce quintales de harina en esos años, todo por cantidad, me acuerdo, y nunca nos hizo falta la comida. Todo por cantidad, azúcar por cantidad, bolsas grandes, todo salía por cantidad».

«Nosotros, afortunadamente, hemos tenido una vida libre, no con tanta plata, pero bien, sin ningún problema. Lo esencial que llegaba: harina, arroz, azúcar, yerba. Los viejos antiguos criaban chanchos y mataban chanchos y eso. Mi mamá, y la mamá de Lucho igual; freían esa manteca y se guardaba para el invierno. A La manteca se le hacía ajito molido, ají, y esa era nuestra mantequilla, esa era la mantequilla que comíamos. Enterrábamos papas en el fogón y las comíamos con manteca. Las mamás sembraban cebollas,



chalotas, chalota chilota, esas chiquititas, esas por saco las cosechaban y esas las hacían sofrito así y comíamos con pan, con chapalele, con papa. Esa era nuestra comida, jamás conocimos una fruta, nos criamos sin fruta, nada, ni acelga, en esos años no se conocía la acelga, la espinaca, nada, nada, nada» (Mercedes Cárdenas Rogel, esposa).

Además de la ganadería bovina a la que se dedicó Germán, él siguió como campesino autónomo, también trabajó la tejuela como muchos, un oficio favorecido por la tradición maderera que caracteriza a los Venteo.

«Allá arriba había un cipresal y él hacía la tejuela y las vendía. Él era tejuelero en esos años, se iba al mallín en tiempo de verano a hacer tejuelas, mallín le decíamos nosotros, pero se llamaba cipresal. Ahí se iba en verano a hacer tejuelas, le gustaba eso y además las vendía... Mi papá hacía tejuela de ciprés, todavía andan algunas machetas de recuerdo por ahí. Siempre me acuerdo que una vez se cortó con un machete el viejito, porque cuando se iba al mallín, en ese tiempo de calor en el verano, él se sacaba los zapatos, se sacaba las botas, y solía estar a pata pelá no más. Con la macheta se cortó acá arriba, me acuerdo que tuvo que ir a la posta porque no dejaba de sangrar. Bueno, nosotros, de ahí de cabros después, explotamos harto ese mallín, porque sacábamos madera de ciprés para venderla, postes sacábamos, tablas, que mi papá hacía balsas. Y aserrábamos a pulso antiguamente. Se hacían las tablas para hacer chatas».

Luis y Mercedes Soledad Cárdenas Rogel, su esposa, participan activamente de la Asociación Indígena, ahora que sus hijos ya están grandes.

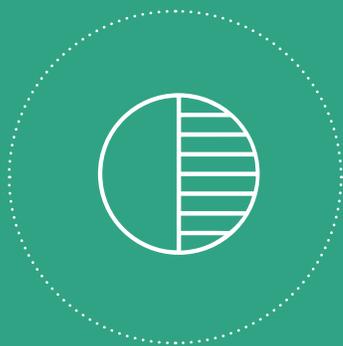
«Cuando éramos niños hacíamos la harina tostada, teníamos nuestros equipos, mi papá tenía su equipo, tostábamos el trigo y hacíamos la harina tostada y después con el tiempo eso se perdió. Entonces, cuando vamos a la asociación la retomamos, o sea, uno sabe hacer esas cosas y por eso uno, la gente, vuelve a recordar esos tiempos, cuando nos criamos tostando el trigo, moliendo la harina o la típica, el asado de chancho o los milcaos, en fin, tantas cosas, tantas comidas con que se crió uno antes y después con el tiempo, eso fue quedando atrás, como que pasó... Y se reparte lo que sobra, milcaos, harina tostada, muday... Salen otros temas de conversación cuando uno se junta con otras personas».



COMIGUAL

Huala roja o pato oscuro

KUM



rojo oscuro

WALA



ave acuática zambullidora



**ENEDINA PAULA COMIGUAL MONTALVA**

25 de febrero de 1951

ENEDINA, MÁS CONOCIDA COMO ENE, NACIÓ EN PATO LLICO, un poblado rural poco conocido, cercano a Fresia, provincia de Llanquihue. Sus padres, José Rudecindo Comigual Purralf y María Esmelinda Montalva Huenulef, llegaron por medio de Juan Albertino Comigual Montalva, el mayor de sus hijos que ya se encontraba establecido en la zona.

Sus padres eran campesinos y lo vendieron todo para hacerse una nueva vida. «Tenían su campito, sus árboles frutales, aves, mi papá tenía sus vaquitas, ovejas, chanchos, mi mamá igual tenía sus gallinas, pavos, patos, tenían de todo». Ambos trabajaban la huerta sembrando legumbres, papas, avena y trigo. El matrimonio tuvo siete hijos y Juan Albertino quiso traerlos junto a sus hermanos pequeños para tenerlos cerca y mantener unida a la familia. Por aquella época el trabajo comenzaba a escasear «y por aquí había gente que daba pega, así que llegó trabajando como maestro, era maestro albañil». Aquí contrajo matrimonio el año 66 con «Nelsa Inés Méndez Saldivia, una señora muy linda, muy buena la chica, todavía están casados los dos».

En Pato Llico creció junto a sus hermanos, fue a la escuela y aprendió todo lo que su madre siempre estuvo dispuesta a enseñarles. «Mi infancia fue buena, ahí donde vivimos fue linda. Al finado, mi abuelito, lo conocí, él era el papá de mi mamá, era muy bueno, buena gente mi abuelo... Es lindo contarle, porque mi mamá me enseñó desde niña a lechear, a hacer queso, a hacer de todo, la mantequilla se hacía batiendo con un tenedor en un tarro».

Llegó a la zona después del golpe de Estado, el mismo año 73. «Mi mamá me mandó a buscar porque ella ya se sentía sola haciendo sus cositas, entonces me vine para ayudarla», así fue como a sus veintiún años emprendió junto a su hermana la travesía de llegar a La Junta. «Nos vinimos de Puerto Montt en un barco, de ahí nos bajamos y nos vinimos a pie, caminando hasta el Palena, Palena Bajo. Pasamos a alojar donde un caballero que se llamaba Chalo Venteo y de ahí fue al otro día que nos vinimos taco y taco, caminando para alcanzar la lancha. Cruzamos un río, ya con esa lancha cruzamos y llegamos hasta acá, pero de ahí, de donde nos bajamos, caminamos, pero no sé hasta dónde para llegar acá a La Junta. Nos bajamos de la lancha y la lancha dejaba hasta cierta parte, de ahí nos bajamos y en bote nos pasaban al otro lado, entonces el bote nos pasaban y ahí nos veníamos caminando a La Junta, con mi hermana. Cuando llegué a la casa de mi hermano y mi papá, dijimos las dos con mi hermana, para qué nos habíamos venido, ¡era una usanza de puro mate amargo! Primeramente, el mate amargo y se comía después, entonces nosotras decíamos, ¡ay! Esta gente no tiene nada... Es que la usanza de



aquí en La Junta era así, primero mate amargo y después venía para servirse algo, contundente. Allá, en el norte, se sirve todo junto, pero acá no porque el primer mate es amargo, pura agua decíamos».

La familia Comigual Montalva se estableció en el pueblo, pero de igual manera sacaron campo para continuar la tradición campesina, «mi hermano hizo campo con animales y mi mamá con mi papá también, ya mis otros hermanos menores igual». Junto con el negocio de Juan Valdera, sus padres levantaron uno de los primeros almacenes de provisiones (Osorio y Martínez, 2014). En tanto, Enedina se concentraba en mantener el hogar en funcionamiento, y uno de los cometidos más importantes era buscar el agua para el día. En circunstancias donde aún no existía la red de agua potable, el agua se iba a buscar al pozo. «Ellos, mientras dejaban lecheo, se iban a trabajar. Yo, primeramente, antes de que se levanten, hacía mi aseo, dejaba puesta la mesa y me iba a buscar agua».

Ene sembró la tierra, hiló y tejió, todo aprendido de primera mano de su madre María Esmelinda, a quien considera una experta. «Ella tejía hartos, y puede ser que ella sea de esas mapuche, porque tejía mantas, tejía esas malletas que decían antes, esas que eran por lado y lado, usted colocaba el pan y colocaba la ropa al otro lado, tejía cinchas para los caballos... Y con diseños, lindos sí, era muy inteligente mi mamita». María Esmelinda le contó que era prima de María Olga Rauque Montalva, madre de los hermanos Aillapan Rauque, por lo que Ene tendría una parentela de primos en segundo grado con José, Juan y Rosa.

Con los años, sus hermanos vendieron los campos y no siguieron trabajando con animales, Juan Albertino se encuentra viviendo en Buenos Aires. Su madre falleció hace unos 40 años y su padre hace no muchos, ambos en La Junta. «Mi papá con mi mamá tenían varias costumbres, cuando nos criamos nosotros, nos criaron en la ceniza, en el fogón. El piso, pura ceniza y unas tablas por lado y lado».

«Cuando nuestros mayores tenían su casa hacían unas tablas y el fogón al medio y todos nos sentábamos así... Ese ser indígena lo vi de mis padres. Otra cosa que vi fue cuando hacían el trigo, lo pisaban con los pies. Y para hacer catuto, está la piedra y está la mano y ahí íbamos haciendo. Nosotros ya no hacemos eso, todo se perdió, lo más lindo se ha perdido. La mamá nos enseñó muchas cosas, hacíamos la harina tostada, nos enseñó a lavar, ella llegaba y toda su ropa la llevaba al río, hacía un fueguito y poníamos a calentar y le daba, con una paleta le daba, y quedaba limpiecita... Allá donde vivíamos, en Pato Llico, nos enseñó a nosotros esas cosas».



CANICURA

Cresta de piedra o piedra emplumada

KANIU



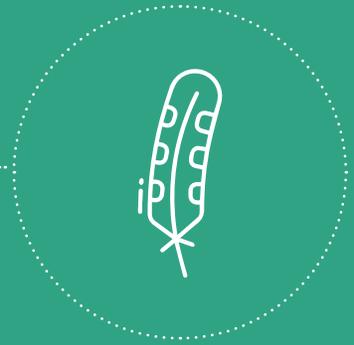
cresta

KURA



pietra

KANI



plumaje



**TERESITA DEL CARMEN CANICURA MORAGA**

30 de octubre de 1953

TERESITA NACIÓ EN PUERTO OCTAY, PROVINCIA DE OSORNO. Su padre, Manuel

Jesús Canicura Chaura, era trabajador de Puerto Octay y su madre, María Cristina Moraga Ruíz, venía de Isla Quemchi, en Chiloé. «Y nos vinimos aquí, al Risopatrón que se le nombra, llegaron ellos a trabajar, yo tenía año y medio».

Según los registros, sus abuelos paternos fueron Eduardo Canicura y María Eloisa Chaura de Canicura, a quienes no conoció. Su padre y tíos, fueron la tríada de los hermanos Canicura, reconocidos como pioneros de la zona. La familia llegó trabajando el año 54 o 55 y pronto sufren la lamentable pérdida de la madre por complicaciones de salud en el entorno de la lejanía. «Mi mamá tuvo su guagüita acá en el Risopatrón y le vino un sobrepeso, murió con mi hermanito porque en esos años no había nada acá, era puro monte. Y nos quedamos solitos los dos en el Risopatrón, los dos con mi padre».

Así creció y vivió sus primeros años en el Risopatrón. Su papá trabajaba en limpia y roce de campos, labor muy fundamental en aquellos años en los que había que transformar los montes en campos productivos y poblar, «así que ahí andaba con su rozón, meta rozando no más, y a mí me andaba trayendo debajo, me ponía un saco y ahí me sentaba para que yo esté sentadita mientras él rozaba un rato y así me iba trasladando». Con los años, su padre logra adquirir un campo de 310 hectáreas en sector El Plateado, lugar donde construye lo esencial y al que se trasladan cada vez que el trabajo y la escuela se los permiten, «ahí era que nos veníamos, cada uno con su mochilita, hacíamos unas bolsas de esas de arpillera que habían antes y pasábamos por todos estos montes para acá, con el machete cortando matas para pasar debajo». Allá íbamos a estar unos días a la tapera que teníamos.

Su infancia fue muy apegada a su padre, aunque también pasaba tiempo con sus primas, ya que él percibía que era importante el compartir, «unos tres, cuatro días eran esos que me dejaba porque donde él andaba, andaba conmigo». Tal era su cercanía y paternidad, que en contadas ocasiones lo acompañó a la venta de animales a Puerto Montt: «subíamos por el río en bote y había unas lanchas que eran a motor. Había dos lanchas que las manejaba un caballero que vivía aquí, de mi casa al frente, que es Raúl Villegas. Él manejaba una lancha de esas y otro que manejaba era Armando Potthoff, en esas traían a la gente para acá arriba La Junta con sus cosas, sus víveres, se iban todos a Puerto Montt a comprar todas sus cosas... Mi papá se iba con su cuadra a Puerto Montt a vender sus animales y ahí compramos todas las cosas y veníamos en barco, a Marín. Salíamos todos los años, al año, cuando se vendían los



terneros, ahí nos íbamos a Puerto Montt a comprar las cosas y comprarnos ropa, todo, y nos veníamos los dos. Mi papá no me dejó nunca sola».

Con los años, Teresita se convirtió en tejedora. El oficio lo aprendió prematuramente casi junto con la maternidad. «Aprendí mirando, me empezaron a enseñar y aprendí. Una señora que vivía al lado de mi casa, yo tenía unos catorce años, ella me enseñó». Comenzó a tejer medias a su papá, y una vez aprendió de otra señora a hacer las terminaciones, se largó con las chombas. Tejió toda su vida hasta ahora, que por motivos de su vista se dedica a hacer y entregar hilados por encargo. «Más los días estoy entregando hilados, para todos lados».

A sus dieciséis años muere su padre de un cáncer al estómago, con su partida comienzan también las complicaciones para vivir. Víctima de un fraude en el que se le despoja del campo, herencia legítima de su padre, se ve obligada a aprender a trabajar en servicios domésticos para sobrellevar su vida y la de sus hijos. «Tuve que hacerlo porque no había más que hacer. Limpieza de casas, andar trabajando para allá y para acá hasta que salí adelante con mis hijos».

Su familia son sus hijos y nietos. Sin embargo, reflexiona sobre lo crítica que resultó su vida y el recuerdo amoroso que lleva de su padre. «A mi edad que tengo, lo echo de menos, de repente pienso que me hace falta, si hubiese estado mi papá vivo, yo ni hubiera estado como estoy porque él tenía su capital, tenía animales, tenía todo. Yo era todo él, mi papá era todo para mí».





BIBLIOGRAFÍA

Alcamán, E. (dir.)

2017. Apellidos Mapuche-Williches identificados en la región de Los Lagos. Temuco, Corporación Nacional de Desarrollo Indígena.

Altamirano, R.

2003. Apellidos Mapuche en Aisén. Santiago, LOM ediciones.

Ancan, J. y Conejeros, M.

2021. La otra historia. El aporte mapuche williche a la identidad de Cochrane y Caleta Tortel. Plan de Revitalización cultural indígena y Afrodescendiente. Santiago, Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

Instituto Nacional de Estadísticas

2017. XIX Censo Nacional de Población y VIII de Vivienda.

Ministerio de Vivienda y Urbanismo

2010. En la puntilla del Valle Simpson nació el barrio Quinta Burgos. Programa de Recuperación de Barrios - Quiero Mi Barrio.

Osorio, M. y Martínez, E.

2014. La Junta: Historia y desarrollo de “El Pueblo del Encuentro”. Cámara de Turismo y Comercio de La Junta. Coyhaique, Ediciones Ñire Negro.





Este librito se creó para la Asociación Indígena TRAWULWÜN
en colaboración con la Sección Regional de Aysén de la
Subdirección Nacional de Pueblos Originarios.

Fue impreso en Valente Impresores y
se utilizó la tipografía Chercán de Francisco Gálvez.



Planes de Revitalización Cultural Indígena y Afrodescendiente



SERPAT
Región Aysén del
General Carlos Ibáñez
del Campo

Ministerio de las
Culturas, las Artes
y el Patrimonio